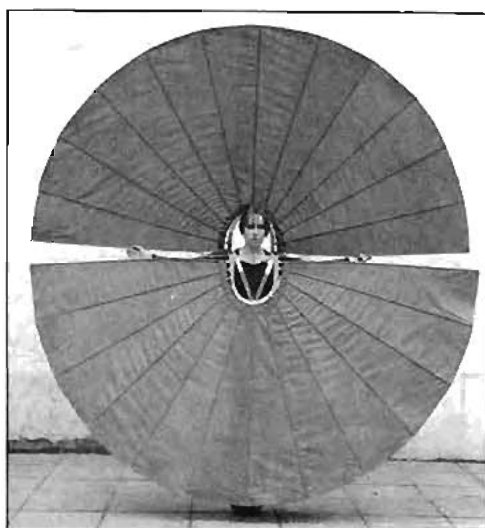


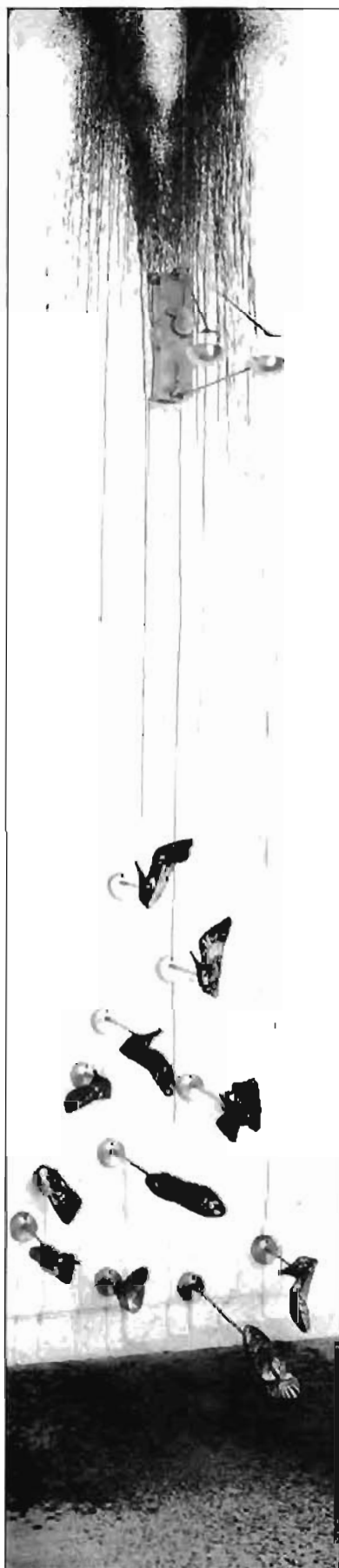
el sentido de lo HUMANO

Silvia Kiczkovsky



Es una suerte que hayan citado a este foro para hablar sobre las humanidades. Como siempre, cuando uno es invitado a participar en un evento para reflexionar sobre un tema se pregunta desde qué perspectiva abordarlo, qué sesgo adoptar, sobre todo cuando el

espectro es tan amplio. Podríamos hablar sobre el papel de cada una de las disciplinas que conforman las humanidades en el siglo por venir, del papel que les asignaremos dentro de la era de la tecnología, dentro de la idea de excelencia que tanto se maneja en este momento en todos los ámbitos. En la era del alto rendimiento, ¿qué papel le toca a las humanidades? ¿Tal vez ser difusora de la "cultura" en un mundo donde las ciencias duras y la tecnología dominan el panorama? ¿Darle un toque de barniz o de elegancia a aquellos que se dedican a "lo importante"? Me parece que para poder hablar del papel de las humanidades en primer lugar es necesario intentar explicar qué entendemos por esta disciplina, porque lo primero dependerá absolutamente de lo segundo. ¿Qué son las humanidades entonces? Se me ocurre ir un poquito más lejos y preguntarme, ¿cuál es el sentido de lo humano pueslo que de eso me parece que se trata? Es una pregunta difícil de responder. Generalmente ni siquiera nos la formulamos. Transitamos normalmente por el mundo, nacemos, vivimos, morimos y es como si todo estuviera absolutamente establecido, como si todo fuera como debe ser, como siempre fue y como será. Somos parte de este mundo que ya está establecido y nos movemos en él como tal. Creemos en el interior de una cultura que está conforma-

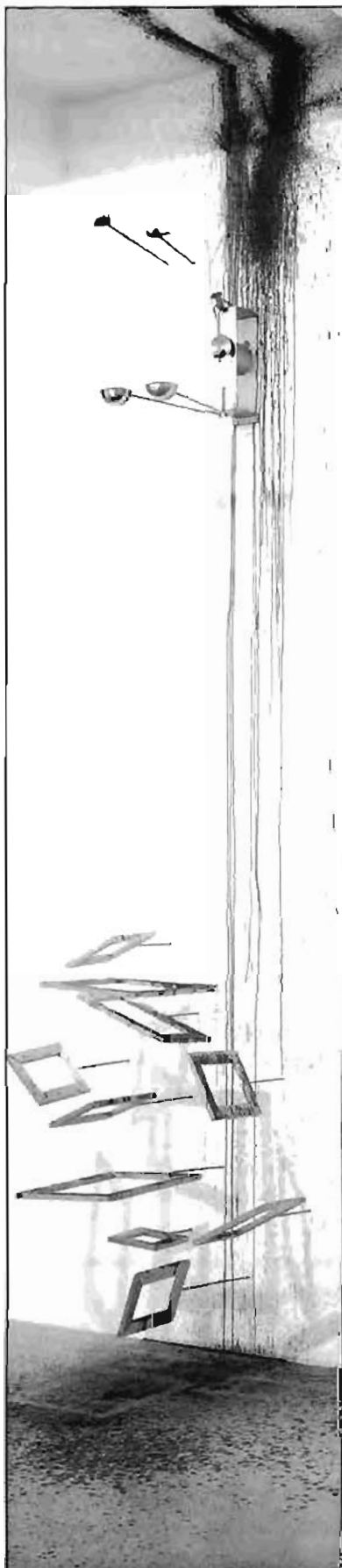


da por una trama de conversaciones en la cual todos participamos y esas conversaciones dependen de sistemas conceptuales que trazan límites en el fluir de nuestro entorno: individualidades, clasificaciones, instituciones, relaciones de determinado tipo entre los individuos, valores. Y estos sistemas conceptuales están tan arraigados en nosotros, a través de las culturas a las que pertenecemos, que creemos que son las "realidades absolutas".

Los humanos pertenecemos a un género dentro de este planeta y nos diferenciamos de los otros animales. Aquello que nos determina en gran medida como humanos se relaciona con un modo de vida que nos hace ser como somos y que ha hecho que evolucionemos de determinada manera. A diferencia de otros animales vivimos en comunidades, somos seres sociales. Sabemos perfectamente que un niño abandonado al nacer no sobrevive y que aun aquellos pocos casos que se conocen de, por ejemplo, niños criados por lobos, no adoptan actitudes humanas. Además, vivimos en el lenguaje, que nos permite comunicarnos y configurar mundos en común. Desde la perspectiva biológica, como una especie más en el planeta, lo humano no tiene un sentido específico, simplemente sucede, así como sucede la existencia del universo, del planeta, de los animales, de las plantas. El sentido de lo humano nace a otro nivel; nace en el nivel de la cultura que se hace posible por el lenguaje y por la vida en común. De ahí que este sentido surja de la trama de conversaciones en las cuales participamos y dependa en gran medida de aquello que construimos como valores en un mundo que compartimos. El sentido de lo humano cambia, es histórico, depende de las culturas y de las tradiciones en las que vivimos. El sentido de lo humano lo aprendemos de ma-

nera consciente en nuestro vivir cotidiano.

En estos momentos vivimos en un sistema en el que la producción de mercancías y de tecnología es lo más importante. Es interesante notar cómo los valores que se crean alrededor de esto transitan a lo largo y ancho del resto de las actividades humanas y, de este modo, redes conceptuales que pertenecen a determinados dominios se desplazan hacia otros como si fuera natural, como si así estuviera establecido de antemano, cuando en realidad lo que está en juego son procedimientos de metáforización que constituyen la trama de nuestras conversaciones cotidianas y que están determinándonos no sólo en nuestro pensar, sino también en nuestro hacer. De allí que el valor que poseemos como seres humanos se mide en función de que produzcamos mucho, seamos eficientes, tengamos alto rendimiento, perfiles adecuados, utilicemos nuestro tiempo de manera productiva. Se habla además de ingeniería humana, cómo hacer hombres felices y productivos, sin conflictos ni contradicciones, hombres de excelencia, superhombres. Ésta es la cultura de la competitividad, donde el que gana es el mejor, el que llega más alto, el más fuerte. Desde esta perspectiva, el sentido de lo humano es el triunfo, "la hizo", tiene fama, tiene dinero. Es la cultura del individualismo. Pero es una cultura que día a día nos demuestra que hay un límite. Que el planeta está al borde del colapso ecológico, que el abismo entre la pobreza y la riqueza se profundiza, que la gente enferma y fundamentalmente de estrés, de soledad, de desesperanza. Es el mundo del Prozac, el famoso antidepresivo que cura a los jóvenes de la nueva generación X, de la píldorita que produce felicidad para que todos puedan vivir de manera funcional. Tal parece que el sentido se transforma en un sinsentido, a me-



nos que traslademos la hipótesis darwinista a lo social y sólo aquellos que sean más "aptos" tengan derecho a sobrevivir.

Este mundo olvida que la existencia de una vida en común en el hombre no sólo está fundada en necesidades materiales, sino también en necesidades afectivas. Y aquello que la ciencia relegó a segundo plano o incluso negó por estar basada en la razón, y que son las emociones, y que además hacen también a lo humano, de pronto comienza a resurgir desde la biología, desde la antropología, desde disciplinas interesadas por el hombre y sus modos de ser y conocer. Así, por ejemplo, Humberto Maturana habla de la biología del amor, de cómo aquello que nos hace ser humanos está fundado en la aceptación legítima del otro en la convivencia donde surge el espacio de construcción de lo humano. Tzvetan Todorov, más tímidamente, en un bello ensayo de antropología general titulado *La vida en común*, discute fervorosamente con todos los pilares de la cultura occidental desde el siglo xvii hasta la fecha (literatos, filósofos y psicólogos) que se dieron a la tarea de concebir al hombre como un individuo aislado, que nace, vive y muere en absoluta soledad, y cuanto mejor lo haga, más mérito posee. Frente a esta idea contraponen la absoluta necesidad que el hombre posee de la vida en común, de su sociabilidad natural, como especie. Establece una diferencia interesante entre vida y existencia. La primera depende de lo material para la sobrevivencia, lo biológico; la segunda, de lo necesario para ser humano. El sentido de la existencia, entonces, esto es, el sentido de lo humano, se funda en el reconocimiento del otro hacia uno, en el ser aceptado como ser legítimo por el otro.

Ahora bien, este sentido de la existencia que en la niñez se limita a reclamar re-

conocimiento y recibirlo, en la edad adulta se transforma (o debería transformarse) en un dar y recibir. Es el equilibrio entre estos dos polos lo que permite dar un sentido pleno a la existencia. De hecho, tenemos ejemplos muy tangibles en los ancianos en esta sociedad moderna. Ya no trabajan, ya no son útiles para la sociedad; ya no son necesarios para sus hijos que ahora son autosuficientes. Todavía viven, pero han perdido su existencia.

Hay otra característica que hace a lo humano y es la libertad. Pero entendámoslo bien. No es la libertad del hacer lo que se quiere, sino del querer lo que se hace. La libertad que implica una absoluta responsabilidad de nuestros actos cuando somos capaces de asumir las consecuencias de los mismos sin culpar al otro o a los demás. Poseemos libre albedrío, pero debemos hacer uso de él con responsabilidad, con la responsabilidad que implica el bienestar del otro. Vivimos en un mundo donde lo más maravilloso, en la naturaleza misma y en los hombres, es la diversidad. Cada uno de nosotros es un ser humano con características propias que lo hacen único. Dentro de esta diversidad cada quien va tomando un sitio, el que le corresponde a su modo de ser. El problema es cuando creemos que todos deben ser de una manera definida para que las cosas funcionen "bien", que es el modo en que uno cree que deben funcionar. Entonces creamos una cultura de dominación donde el más fuerte impone su voluntad sobre el otro porque posee la verdad. Y así nos pasamos la vida peleándonos por defender nuestras verdades que son las verdaderas, sin pensar en que las del otro son igualmente válidas. Este tipo de visión es la que nos lleva a creer que puede existir una excelencia, si es que por excelencia se entiende perfección en cualquier ámbito del

hacer o del ser del humano. Si esta sociedad permitiera que cada quien fuera y hiciera en la medida de sus posibilidades, pero con una absoluta conciencia de la responsabilidad tal como la hemos definido anteriormente, entonces tal vez nuestro entorno sería más armonioso y podríamos pensar en crear una cultura de la solidaridad, donde el que puede más ayuda al que puede menos y entonces ese dar y recibir que establece el equilibrio del sentido de lo humano fluiría de manera natural dando sentido a la existencia. El otro sentido, el de la dominación, el de recibir sin querer dar o poder dar, es el de la batalla permanente, el del triunfo del más fuerte.

Tal vez se pregunten ustedes para qué les hablo de todo esto cuando lo que se discute en este foro es el futuro de las humanidades. Y lo que sucede es que es justamente sobre estas cuestiones que he estado reflexionando últimamente. Y me he dado cuenta de que desde que entramos a la escuela primaria nos enseñan muchas cosas como la biología, las matemáticas, la gramática, pero nunca nos enseñaron el sentido de lo humano en nuestro vivir cotidiano. Y sucede que el conocimiento que mayor valor social posee en nuestra sociedad es el conocimiento científico y eso no está mal, pero a veces en nombre de la ciencia se cometen atrocidades enormes. Es posible que si además de ciencia aprendiéramos a reflexionar sobre lo humano, y sobre aquello de lo humano que hace posible la ciencia, entonces, tal vez, podríamos comenzar a crear tramas discursivas diferentes que cambiaran de a poco nuestra cultura de la dominación e hicieran posible una cultura de la solidaridad, de la aceptación y el reconocimiento del otro.

Desde fines del siglo XIX las humanidades luchan por ser ciencia para tener un

estatuto de validez dentro del ámbito de conocimiento institucionalmente preponderante y reconocido, y han adoptado, hasta donde han podido, los criterios de funcionamiento de las ciencias duras. Es muy interesante constatar que en este momento, la física y la biología comienzan a bregar por asumir una visión más humanista. La ciencia deja de ser considerada el conocimiento objetivo absoluto por parte del hombre, en una idea teológica de la omnisciencia, para ser vista desde la óptica de un observador que es parte del fenómeno que observa y que conoce, de acuerdo con sus posibilidades corpóreas, un mundo que no es "el mundo" a secas sino el mundo de los humanos. A esto se agrega la situación a la que se enfrenta nuestro planeta. Ervin Laszlo, científico y humanista, en su libro *La gran bifurcación* plantea que la vida de nuestro planeta se encuentra en una encrucijada. De nosotros, los seres humanos, de la actitud que asumamos de ahora en adelante, depende nuestra propia sobrevivencia. La ciencia y la tecnología solas no pueden remediar todos los males que nos aquejan y que no menciono por haberlos conocidos. Si hay algo que nos hace excepcionales es la posibilidad de ejercer nuestra voluntad, de ser libres. Está visto que para ello debemos ser responsables y crear una cultura de solidaridad.

¿Qué papel deben tener las humanidades entonces? Todo aquello sobre lo que he hablado hasta aquí tiene que ver con una reflexión que he podido realizar porque mi quehacer cotidiano se desarrolla dentro del ámbito de las humanidades. Trabajo específicamente en la lingüística, pero no puedo separarme de la filosofía, ni de la literatura, ni de la historia, ni de la antropología. Todas confluyen en un conocimiento de lo humano. El mundo en el que viviremos de aquí a unos años depende de lo que hagamos de

él. Los valores en los que aprendemos a ser humanos y a encontrarle un sentido a esta condición, los configuramos en nuestro vivir cotidiano, en las tramas de conversaciones en las que participamos y en nuestras acciones. No están dados de antemano; en gran medida dependen de nosotros. Lo que las humanidades siempre han ofrecido es el gran espacio de la reflexión desde donde puedo pensar y si es necesario cuestionar el mundo en el que vivo. El fenómeno de lo humano existirá y planteará interrogantes mientras sigamos existiendo como especie. Dentro o al margen de las instituciones siempre habrá humanos que se piensen a sí mismos, como individuos o en sociedad. Sin embargo, sería muy interesante que nos sentáramos a conversar sobre los valores que queremos compartir y desde los cuales pensamos el sentido de lo humano. Tal vez éste sea el mayor papel de las humanidades en este momento. Todo lo que podamos compartir con nuestros alumnos en ese ámbito maravilloso donde se entrecruzan el dar y el recibir, estará, querámoslo o no, teñido por estas cuestiones.

Referencias bibliográficas

- Lakoff, G. y Johnson, M., *Las metáforas de la vida cotidiana*, Cátedra, Madrid, 1986.
- Laszlo, Ervin, *La gran bifurcación*, Gedisa, Barcelona, 1990.
- Maturana, H. y Varela, F., *El árbol del conocimiento*, Edit. Universitaria, Santiago de Chile, 1984.
- Maturana, H., *El sentido de lo humano*, Hachette, Santiago de Chile, 1994.
- Todorov, T., *La vida en común*, Taurus, Madrid, 1995.

(Ponencia leída en el foro "Las humanidades hacia el siglo XXI", Facultad de Filosofía y Letras de la BUAP, Puebla, 1997. Silvia Kiczkovsky es profesora en el Colegio de Literatura de la Universidad Autónoma de Puebla.)